



## Capítulo 355 - Convirtiéndola en mujer

Yuna gritó contra su polla, su grito ahogado se perdió en el grosor que le llenaba la garganta. Su espalda se arqueó violentamente sobre la hierba, una corriente eléctrica le recorrió el clítoris y le llegó directamente al cerebro. Las lágrimas le corrieron por la cara al instante, mezclándose con el líquido preseminal y la saliva.

Él chupó. Bebió de ella como un tigre que lame un lago, con su lengua áspera e implacable, invadiendo su estrecho y húmedo agujero.

Por encima de ella, no mostró piedad.

Schlch. Glack. Schlch.

Empezó a follarle la boca.

Sus caderas se movían hacia delante con agresividad primitiva, golpeando su boca con el mismo ritmo que usaría para follar un coño.

Cada embestida hacía que sus pesados testículos golpearan su barbilla y su nariz, y el sonido húmedo del golpe resonaba en el acantilado.

El olor de su ingle era sofocante, llenaba sus fosas nasales, ahogando sus sentidos felinos en un mar de testosterona pura.



Su cuerpo se sentía increíblemente pequeño debajo del suyo, aplastado bajo el peso de un ser superior.

Yuna estaba abrumada. Sus sentidos estaban sobrecargados: la agonía y el éxtasis de sus dientes en su clítoris, la sofocante plenitud de él en su garganta, el olor, el calor.

Lloraba, se ahogaba y se corría, todo al mismo tiempo, sus fluidos empapando su cara mientras él se deleitaba con ella.

Tianlong se apartó ligeramente de su coño, con los labios resbaladizos por sus jugos, un hilo de su excitación conectando su boca con su raja. Miró hacia abajo, a su cuerpo retorciéndose entre sus piernas, observando cómo sus ojos se volteaban hacia atrás, su cara cubierta por sus fluidos.

«Ya que te he aceptado como mi esposa...», gruñó, con la voz ronca por la lujuria, vibrando contra sus labios húmedos. «Tendré que follarme a una cultivadora de cuerpo fuerte... ¿qué hay de tu madre?».

Volvió a empujar con fuerza, clavando su polla profundamente en su garganta, silenciando su jadeo de sorpresa con su miembro.

«Espero que no te importe».

Y allí, mientras su garganta se apretaba alrededor de él, atragantándose con su longitud mientras él comía su coño virgen como una bestia hambrienta, Yuna se dio cuenta con una emoción aterradora de que no le importaba en absoluto.

«Ghlkkh... Y... yngh...».



La visión de su polla hundiéndose en el útero de su madre destelló detrás de los ojos en blanco de Yuna: retorcida, errónea y repugnantemente excitante. Su intento amortiguado de decir «Sí, profesor» salió confuso, interrumpido por los sonidos húmedos de las arcadas mientras su miembro se retiraba y volvía a penetrarla.

«Glkk... Sí... Profesor... ¡Hnnngh!».

Sus muslos temblaban violentamente a ambos lados de la cabeza de él. La espiral en su vientre se rompió como un alambre demasiado estirado.

«¡Mmmmmphhh!».

Ella eyaculó.

Con fuerza.



El líquido transparente salpicó directamente la cara de Tianlong, empapándole los labios, la barbilla y la nariz. Él se echó ligeramente hacia atrás, entrecerrando los ojos mientras el jugo virgen cubría sus rasgos y le goteaba por la mandíbula.

Su polla se retiró de su garganta con un sonido húmedo. Yuna tosió y escupió inmediatamente, jadeando en busca de aire, con saliva y líquido preseminal conectando sus labios hinchados a la brillante cabeza de su polla en gruesas y obscenas cadenas.

—Haaah... haaah... M-Maestro... —Su voz estaba destrozada, en carne viva por el abuso.



Tianlong se limpió la cara lentamente, deliberadamente, con sus ojos dorados fijos en su temblorosa figura. Su pulgar se posó en su garganta, justo donde el bulto de su polla había deformado su delicado cuello con cada embestida.

Presionó hacia abajo.

«Lo has aguantado bien», murmuró, sintiendo el latido de su pulso bajo su dedo. «Tu garganta recuerda ahora mi forma».

Sus testículos, aún pesados y llenos, descansaban contra su nariz mientras se inclinaba hacia delante por última vez. Volvió a aferrarse a su clítoris, esta vez con los labios formando un sello, y chupó.

Duro.



«¡AAAHNNNGH!». Yuna arqueó la espalda con tanta violencia que sus omóplatos se separaron del césped. Sus manos se aferraron a los muslos de él, clavándole las uñas en los músculos mientras él trabajaba su sensible perla con implacable precisión.

Su coño, en carne viva, hinchado y chorreante, parecía fondant derretido bajo su implacable atención. Los pliegues rosados brillaban, hinchados por sus dientes y su lengua, y la abertura se apretaba desesperadamente alrededor de la nada.

Él se apartó, y un último beso húmedo de sus labios contra su maltratado clítoris la hizo gemir. Tianlong cambió de postura, incorporándose y apartándose de su cara.



Yuna yacía allí, con el pecho agitado, el látex hecho jirones alrededor de su cuerpo tembloroso. Sus muslos estaban empapados, la hierba bajo sus caderas oscurecida por sus fluidos.

Él se puso de pie y luego se sentó de lado en la cornisa de la roca, con la polla aún dura, aún reluciente con la saliva de su garganta y su propio líquido preseminal.

—Ven —ordenó, con voz baja y definitiva—. Siéntate encima.

Yuna abrió los ojos de golpe. Levantó la cabeza, jadeando, y lo vio: recostado como un rey, con una mano descansando casualmente sobre su muslo y la otra acariciando lentamente su miembro.

Su mirada se fijó en su pene. Veintitrés centímetros de nuevo, grueso como su muñeca, las venas palpitando con sangre, la cabeza carmesí enfurecida y exigente.

Entonces sus ojos se posaron en su propio coño. Goteando. Virgen. Sin abrir.

Todo su cuerpo era gelatina derretida, los músculos inútiles por la sobrecarga de placer. Intentó arrastrarse hacia él, pero se derrumbó, gimiendo.

Tianlong se rió oscuramente. Extendió la mano, la agarró por la cintura y la arrastró sin esfuerzo por la hierba hasta que ella quedó a horcajadas sobre su regazo.

«Haaah... M-Maestro...», jadeó Yuna, con las piernas temblando mientras intentaba colocarse en posición. Colocó las rodillas a ambos lados de sus caderas y se agarró a sus hombros con las manos para apoyarse.



Su cola de gato roja, que antes estaba flácida, se enroscó de repente alrededor de sus pesados testículos. Los apretó suavemente, masajeando los dos globos con el suave pelaje, sintiendo cómo se tensaban en respuesta.

Su polla se estremeció, endureciéndose aún más.

«Buena chica», la elogió, moviendo las manos hacia sus caderas para estabilizarla.

Yuna miró hacia abajo. Su pequeña mano, pálida y temblorosa, se extendió entre sus piernas. Usó dos dedos para separar sus labios, cuya carne rosada estaba pegajosa por la excitación, e intentó guiarse hacia la punta de su pene.

Frotó su entrada contra la punta de él, una vez, dos veces, untando su humedad mezclada con la saliva de él por toda la corona hinchada.



—Hnnngh... es... es demasiado grande...», gimió, con las pupilas dilatadas por el miedo y la lujuria.

«Encajará», dijo Tianlong simplemente.

Sus manos se movieron hacia arriba. Agarró ambos pezones, pequeños, rojos y dolorosamente erectos, y los pellizcó.

«¡Hiiiekk!».

«Vamos a darlo todo».

La empujó hacia abajo.



Con fuerza.

Sus caderas cayeron. Su peso la hundió sobre su polla. La cabeza carmesí atravesó su entrada virgen, desgarrando su himen con una brutal embestida.

La cabeza de la polla no se detuvo en su abertura. Atravesó su estrecho y desprevenido canal, estirando paredes que nunca habían conocido la penetración, y se estrelló directamente contra su cérvix.

«¡NNNYAAAANNNNGHHH~!».

El grito de Yuna rompió el silencio de la montaña. Sus ojos se pusieron blancos, girando tanto hacia atrás que solo se veían las venas inyectadas en sangre. Abrió la boca, sacó la lengua y la baba le cayó por la barbilla.



Sangre. Sangre virgen, mezclada con sus fluidos, goteaba por todo el largo de su miembro, acumulándose alrededor de sus testículos, aún envueltos en su temblorosa cola.

Su cuerpo se tensó. Todos sus músculos se bloquearon. Su vagina se apretó contra él como un tornillo de banco, tratando de expulsar al invasor, pero él ya estaba demasiado profundo, era demasiado grueso, demasiado.

«Ghhhk... gaaahhhh...». Sus sonidos entrecortados ya no eran palabras. Eran gritos animales.

Tianlong gimió, echando la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo su estrecho calor lo envolvía como nunca antes había experimentado. «Joder... estás más estrecha de lo que pensaba».



¡PAH!

Le dio una palmada en el culo. El sonido resonó en el aire.

«Ahora», gruñó, volviendo a colocar las manos en sus caderas y clavándole los dedos en la carne con tanta fuerza que le dejó moratones. «Veamos qué tan preparada estás para ser mi esposa».

La levantó, lenta y agonizantemente, hasta que solo quedó la punta de su pene dentro. Las paredes de ella se aferraban a él, desesperadas y resbaladizas.

Luego la empujó hacia abajo con fuerza.

«¡HIIIEEEKKK~!».

